Algunas veces no es más el sistema que una regla general, que aunque comprenda muchos casos, no los comprenderá todos. Otras veces el sistema no tiene más fundamento que el dicho gratuito de su autor, que cuando llegue el caso afirmará y negará cuanto quiera, aunque sean, respectivamente, absurdos ó verdades. El sistema así entendido es una preocupación. Preocupación y muy grosera es el materialismo, preocupación es el positivismo, sensismo, etc.

Cada ciencia tiene sus principios y requiere su método propio. Ya lo he dicho; la diversidad de verdades exige diversidad de medios. Los medios son los criterios. En el orden filosófico, unas verdades están sujetas á la experiencia interna, otras á la externa, etc.

Recorramos algunos de los principales sistemas de los filósofos y se verá en qué punto se han colocado para hacer la guerra á la verdad. Así aprenderemos á ser más cautos, cobraremos más horror á la mentira y crecerá nuestro amor á la verdad, que es mi objeto en este tratado. Vamos, pues.

§ I.

EL INDIFERENTISMO.

Este es el sistema del desprecio á la verdad, de suerte que al indiferente poco le importa que exista ó que no exista la verdad; aunque esta dé sus voces, él responderá con necia risotada. El indiferente no tiene remedio humano; ningún raciocinio puede reducirle al buen camino porque todo desprecia; es el hombre que ha llegado al fondo de la impiedad, y sólo Dios que es omnipotente podrá hacerle ver lo irracional de su conducta. ¿Qué importa que se escriba si el impío cierra sus ojos? ¿Qué aprovecharán las palabras si pone el dedo á sus oidos?

Cuando se trata del mal hemos de procurar remediar sus estragos y prevenir ó más bien impedir que se extiendan: así cuando hay epi-

demia, por una parte se cura á los atacados y se toman medidas para evitar nuevos casos y en un incendio se apaga lo que está ardiendo y se ponen los medios para que el fuego no se propague.

Todas nuestras facultades tienen su objeto y sus actos propios; podemos decir que nuestras facultades son esencialmente relativas. A medida que la facultad es más noble, crece de punto la grandeza del objeto y del acto.

El objeto del entendimiento es la verdad, su propio acto es conocerla. La voluntad el bien, y su acto propio es amarlo.

Damos por supuesto que esto del bien debe entenderse en términos hábiles. El verdadero y adecuado bien, objeto de la voluntad, es el Bien Sumo, único que puede saciar la tendencia que podemos llamar infinita de la voluntad, porque sabemos por experiencia, que ningún otro bien puede llenarla. Los demás bienes han de estar subordinados al primero, se han de considerar como grados que nos lleven al Bien Sumo, así lo exige el orden.

Si el entendimiento está hecho para conocer la verdad, son estados violentos, 1º la ignorancia, 2º el error y 3º el de indiferencia.

De estos tres estados, ciertamente, el más culpable es el de la indiferencia. Lamenais empieza su obra sobre la Indiferencia diciendo:

"El siglo apasionado por el error no es el siglo más enfermo; pero lo es el que no aprecia la verdad y que se desdeña de admitirla.

Donde se notan violentas conmociones, hay ciertamente fuerzas y puede sin duda esperarse mejoría; si el movimiento es imperceptible, si no hay pulsos, si el frío llega al corazón, ¿qué puede esperarse más que la próxima é inevitable disolución?" (Introducción.)

Hay un conjunto de verdades necesarias al individuo y á la sociedad. Sin esas verdades, se destruye la sociedad que es un elemento de vida para el hombre. La indiferencia sobre verdades de tan alta importancia, es lo más irracional que puede darse; porque es lo mismo que mirar con sumo desprecio nada menos que nuestro propio sér y destino.

Las verdades á que me refiero son principalmente las verdades religiosas, sobre las cuales el autor antes citado dice: *En sus preceptos como en sus dogmas la religión no es otra cosa, sino la manifestación de todas las verdades útiles al hombre.*" (*Ibid.*)

La indiferencia sólo pudiera de algún modo justificarse, probando, ó que no nos interesa conocer la verdad de la religión, ó que es imposible conocer la verdad. Nada de ésto puede probarse, y sí, que son absurdos imperdonables

Si no nos interesa asegurarnos de la verdad de la religión, es porque nada nos importa nuestro propio bien, ni el de la sociedad, porque nada valen la autoridad de la Iglesia, la de Jesucristo ó la de Dios: lo mismo es que seamos buenos que malos, sabios que ignorantes, útiles que nocivos. Pero ¿á dónde vamos á parar enumerando absurdos?

Después, no podremos descubrir la verdad de la religión porque Dios no es providente, dejó al hombre al acaso; hizo al hombre para la verdad, pero lo dejó imposibilitado para alcanzarla; le crió para un bien que siempre verá lejos de sí ¡Ay! ¿en qué cabeza podrán caber tamaños absurdos? ¿qué boca proferir seriamente tales blasfemias? Estoy por decir que si hay algunos indiferentes es por falta de reflexión. Lo que es más de lamentarse es que esa frialdad se extienda y pueda llegar á ser el estado de una nación. Ahoguemos el mal en sus causas para no tener que sufrir todas sus consecuencias. El que es indiferente para el bien, no lo es para el mal; este es un hecho.

La indiferencia como sistema cae por tierra, sólo con atender á sus terribles consecuencias prescindiendo de mil consideraciones *a priori*, tan sólidas como pueden hacerse. Este no es sistema que se proclame tan abiertamente como otros, pero se le enseña con el ejemplo y con ciertas expresiones que andan muy válidas en el mundo; si no, decidme: ¿qué significan esas palabras que salen de vuestros labios cuando se os trata de religión? "¡cosas de frailes! ¡quién piensa en eso!" etc.

§ II.

EL ESCEPTISISMO.

Hacer un sistema filosófico de la duda absoluta y seria, es también un absurdo en sí mismo, porque es destruir de golpe toda la ciencia y aun la posibilidad de que exista. Afortunadamente la misma naturaleza refuta al escéptico que en vano se empeñará por destruir la naturaleza de las cosas. La sola enunciación del sistema es la contradicción más vergonzosa, porque se dice todo lo contrario de lo que se pretende. Con efecto, no hay sistema sin afirmación ó negación, y en este, "*De todo se ha de dudar*;" hay afirmación y por tanto certidumbre. Si aun de esto se duda, entonces el escéptico debe enmudecer absolutamente, no puede proferir ni una sola palabra, ni manifestar siquiera su sistema porque se contradice.

Ya al tratar de la certeza dije algo sobre el escepticismo: ahora me limitaré á exponer, que la duda universal sistemática enseñada al principio de los estudios, es una especie de racionalismo exagerado, completamente absurdo en sí mismo, que es, permítaseme la expresión, el castigo del racionalismo, que en la práctica traería pésimas consecuencias si se pudiera destruir el sentido común; pero sabido es que esta clase de locos lo son en su gabinete.

He asentado que el escepticismo es una especie de racionalismo contradictorio. Ciertamente este sistema todo lo sujeta á la razón y destruye la razón; todo lo pone bajo su dominio para dudar de todo.

Todo se ha de sujetar á la razón; absurdo, porque no es infinita. De todo se ha de dudar; absurdo, porque destruye los hechos innegables de la certidumbre.

Los racionalistas puros divinizan la razón; la hacen el árbitro de cuantos objetos pueden presentarse al hombre, de suerte que, si á la razón le parece, tiene que existir en realidad lo que en realidad no existe, ó viceversa. Los escépticos después de aniquilarlo todo, al menos en el orden subjetivo, hacen á la razón tan miserable que no es capaz de conocer una sola verdad. ¡Qué diferencia de filósofos! parten de un mismo principio; el racionalista y el escéptico desconocen la autoridad de Dios, pero ved qué términos tan distintos.

Si no hay ateos de convicción, tampoco habrá escépticos. Son á mi modo de ver como los dementes que no tienen más que ciertos accesos de locura: consiste su mamá en creer que de todo se ha de dudar. Los de juicio trastornado, cuando los ponen en las mismas circunstancias en que se les volvió al juicio, dan de nuevo en su manía, no de otro modo que el Caballero de la Triste Figura cuando se le trataba de los malhadados libros que le secaron el cerebro. Tal sucede con esa clase de filósofos: si están en su gabinete y se les recuerda que algo existe, repiten con seriedad, que de todo dudan. Saliendo de ese lugar ó cuando en él se distraen, siguen con el sentido común.

manía

§ III.

EL ECLECTISISMO.

Sabido es que el eclectisismo puede tener, como sistema, dos sentidos muy diversos entre sí. (1) Para apreciarle debidamente convendrá dar algunas nociones. (Balmes "Historia de la Filósofia" Eclecticos de Alejandría.)

1º Puede entenderse por eclectisismo, el sistema, que comiste en buscar y admitir la verdad donde quiera que se encuentre. Este sistema si no degenera en racionalismo, es admisible y nosotros somos los primeros en desear que nuestros adversarios sean eclécticos, para que busquen sinceramente la verdad en el Catolicismo y la abracen. "Si no degenera en racionalismo," es decir, que no se quiera

(1) Vide Card. Gonzalez. Ideología. Cap. 2m Art. 3m De Schola psychologica.

á la razón como único criterio de verdad; que á fuer de eclécticos no admitan lo que está sobre la razón ó no quieran creer lo que comprenden, porque entonces somos perdidos.

A la palabra eclecticismo se le da también otro sentido, que es verdaderamente absurdo, y es, cuando con ella se quiere dar á entender la alianza de todos los sistemas filosóficos y la confusión ó conciliación de todas las religiones. Si en el primer caso puede degenerar en racionalismo y por tanto llegar á ser absurdo, en este nos encontramos luego con un grosero indiferentismo aunque disfrazado. También hay indiferentismo creyendo que todo es igualmente verdadero. Que todo sea igualmente verdadero no lo puede admitir la buena filosofía acorde con el sentido común.

Los filósofos (prescindiendo de las religiones á las cuales *a fortiori* tiene que aplicarse lo que voy á decir), se contradicen; unos afirman lo que otros niegan y cada uno se cree con derecho á imponerse á los demás como depositario de la verdad; pero es imposible que todos estén en posesión de ella, *idem non potest simul esse et non esse.* Este es principio de buena lógica; principio que todos admiten, y si se ha disputado sobre él, es porque algunos le dan la primacía sobre los demás haciéndole el primer principio de demostración y de presuposición. Dado este principio como de eterna verdad, solo falta saber cuándo hay contradicción y cuándo no la hay, para lo cual existen reglas en la lógica.

1ª La contradicción se da entre dos proposiciones, por supuesto, una afirmativa y otra negativa, pero de las cuales una sea universal y otra particular, ó entre dos singulares. Ejemplos, a) *Todos los seres son materiales—Algunos seres no son materiales.* b) *La Religión Católica es la verdadera.—La Religión Católica no es la verdadera.*

2ª La contrariedad tiene lugar entre dos proposiciones universales. Ej. *Todo sér es materia.—Ningún ser es materia.*

3ª Finalmente, la subcontrariedad se da entre dos proposiciones particulares. Ej. *Algún cuerpo es metal—Algún cuerpo no es metal.*

4ª Dos proposiciones contradictorias no pueden ser al mismo tiempo verdaderas ó falsas. Dada, pues, la verdad de una, la otra será necesariamente falsa, ó viceversa.

5ª Dos proposiciones contrarias podrán ser al mismo tiempo falsas, pero repugna que á la vez sean verdaderas, porque entonces habría contradición.

6ª Dos proposiciones subcontrarias podrán ser al mismo tiempo verdaderas, pero nunca falsas.

No me detengo en dar explicaciones, de esto que es sencillo. Lo dicho me basta para mi demostración. (Explicaciones; cualquiera de nuestros autores.)

Existe grande oposición entre las doctrinas de los filósofos. Si se contradicen, no todos están en posesión de la verdad. Luego el eclectisismo que amalgama todos los sistemas es absurdo.

§ IV.

EL ATEISMO.

Si en el orden moral es una verdad innegable que un abismo llama á otro abismo, en el orden científico es cierto que un error conduce á otro error.

Con efecto; algunos filósofos han llegado hasta negar la existencia de Dios, tomando esa negación como punto de partida para sus investigaciones. Para honra de la humanidad diremos que expresan lo que quisieran, sí, pero que sus blasfemas afirmaciones son el grito del despecho. El ateo es el hombre combatido por mayor número de argumentos irrefragables: no puede dar un paso, no puede mover sus ojos sin encontrar en sí mismo y en todo cuanto le rodea, mil pruebas en su contra.

El ateo por sistema se coloca de un salto en

la nada absoluta. Dios es la razón de todo: el hombre y el mundo son inexplicables sin Dios, y de tal manera inexplicables que, quitando á Dios, se destruye aun la mera posibilidad de las cosas.

¡Qué sistema! El filósofo ateo se destruye á sí mismo, se aniquila, en todo el rigor de la palabra. Y ¿qué podrá decir? En realidad, creo yo que el ateo, después de lanzar su blasfema negación, debería callar para siempre... Pero no; le vereis disertar dogmáticamente sobre el acaso, y el impío, que hace nada al que es todo, hace todo á lo que es nada.

Repito; no hablan por convicción, es farsa. Paréceme que en vez de ponerles argumentos que prueben la existencia de Dios, hemos de poner argumentos que les convenzan de ser sinceros y de no avergonzarse de cantar la palinodia. Los impíos son más irracionales obstinándose en su error que retractándose, y más cuenta les tiene volver al buen camino que continuar por el malo.

Ya en otro lugar he observado lo importante que es definir las palabras para evitar unas disputas, abreviar otras y sobre todo para proceder con lógica.

Hay ciertas palabras que los filósofos del día, como algunos antiguos, repiten á boca llena. Se les pide la explicación del orden que reina en el universo y de otros admirables efectos y responden con un aplomo que pasma: *El acaso* y quedan tan satisfechos, como si todo lo hubieran dicho, cuando han dicho,

si se me permite hablar así, menos que nada. Hablan de verdad, de experiencia, etc. pero á todo le dan caprichosamente el sentido que les conviene.

El objeto de atribuir al acaso los fenómenos más sorprendentes, es el de negar que sean producidos por sus verdaderas causas positivas. No quieren que las cosas hayan salido de la fecunda mano de Dios, que con un acto de su voluntad hizo que salieran de la nada, y sí quieren dar esa fecundidad y ese poder al acaso. ¡El acaso! ¿es algo ó es nada? Si es algo asígnese qué es, dónde está y seguiremos argumentando. Si es nada, la nada no es causa: toda causa debe ser proporcionada al efecto y si el efecto es positivo, si es algo, algo también debe ser la causa. Todo efecto, para pasar del no ser al ser, requiere causa positiva, real; por sí mismo no lo hará porque sería presuponerse antes de existir. Compárese ahora la idea de la creación y la teoría del acaso, y vease cuál es absurda.

Si alguna vez damos cierto sentido á la palabra, es en casos determinados, porque el efecto es inesperado, no porque carezca de verdadera causa: de lo cual se sigue que los efectos constantes y uniformes no se han de atribuir al acaso ni menos cuando se conocen sus causas.

§ V.

EL PANTEISMO.

El empeño de no oir la enseñanza de nuestra religión por lo que toca á Dios, y una mezquina confusión de ideas, es lo que ha producido en nuestros tiempos el panteísmo. Este se ha presentado bajo diversas formas; no es raro, según el espíritu de innovación filosófica. Me reduciré á decir algunas palabras sobre el panteísmo de Espinoza y el de Fichte.

Panteísmo, en general, es el sistema filosófico que pretende explícarlo todo partiendo de este falsísimo principio, *todo es Dios*, en el sentido de que las cosas del mundo sean formalmente Dios.

Espinoza confunde la idea de sustancia criada con la idea de Dios: toma el ser in *se et per se* de los Escolásticos, por el ser *a se*. Se-

gún este, Dios es Ser *a se*, es decir, absoluto, independiente, infinito, eterno, necesario, inmutable. Las sustancias criadas son entidades que reciben el ser, de Dios, y por tanto son finitas, temporales, contingentes, dependientes de Dios. Se dice que estas sustancias son *in se* y *per se*, porque así se distinguen de los accidente que necesitan estar inherentesá la sustancia para existir. Es de esencia del accidente exigir esa inherencia, aunque por virtud divina pueda impedirse la inherencia actual.

Con esta sencilla explicación, el filósoto holandés, quizá hubiera tenido otras ideas.

Otros, como Fichte, explican su sistema panteistico del modo más extravagante que imaginarse pueda. (1) Para Fichte, todo es el *yo humano* (*Ego.*) El yo puede considerarse 1º como simple pensamiento sin objeto y sin sujeto, este es el *yo puro* 2º como objeto del yo puro, y este es *yo empírico* que al mismo tiempo es el sujeto del pensamiento, 3º Como no yo *non ego*; también objeto del yo puro. El yo puro es tan activo y fecundo, que forma el sujeto y el objeto, aunque todo lo que no *es el yo*, es una mera ilusión.

El panteísmo en su fundamento es absurdo por la sacrílega confusión que hace de lo contingente con lo necesario, por la identificación de lo eterno con lo temporal, de lo absoluto con lo condicional, de lo inmutable con lo mu-

---

(1) Vide Card. Gonzalez. Ideología. Cap. 2m Art. 3m De Schola psychologica.

table, de lo simple con lo compuesto, del espíritu con la materia, de las locuras más extravagantes con el dictamen de la recta razón y el sentido común.

Para comprender lo absurdo del sistema de Fichte basta atender á ese *yo puro* sin sujeto y sin objeto, activo y fecundo. ¿No es esencialmente relativo el pensamiento? ¿No es cierto que por su misma naturaleza requiere sujeto y objeto? Si hay pensamiento, existe á la vez quien piense y sobre qué piense, y esto es anterior al pensamiento, al menos con prioridad lógica tratándose de nosotros. ¿Qué será, pues, el pensamiento abstraído de todo? A los entendimientos muy superficiales, *fucum facit*, como dicen los latinos, la algarabía de las palabras que aparentan profundidad metafísica, donde no se ha llegado ni á la corteza de las cosas.

El panteísmo, pues, es un sistema no sólo lejano sino diametralmente opuesto á la verdad; en último resultado y juzgando en rigor lógico, el panteísmo es el ateísmo bajo distinta forma, porque el sistema que destruye la verdadera noción de Dios, echa por tierra su existencia.

---

§ VI.

EL SENSUALISMO

Se designa con el nombre de sensualismo el sistema filosófico de aquellos que todo lo quieren explicar por los sentidos. Ellos no admiten más conocimiento que el sensible ni más criterio que el de los sentidos. Según esto, la verdad se reduce sólo al orden sensible y queda por tierra la espiritualidad é inmortalidad del alma, el conocimiento de Dios, las ideas universales y abstractas de ente, de esencia, de bien, etc.

Probando la existencia del entendimiento como distinto de los sentidos, cae por tierra la primera parte del sensualismo con todas sus absurdas consecuencias.

Los sentidos son facultades orgánicas, ó, lo que es lo mismo, en sus operaciones intervienen

los órganos del cuerpo, que de algún modo son afectados; ésta es verdad de experiencia. Todo en la sensación es singular, determinadísimo, el objeto, el sujeto, la afección, todo; de manera que el conocimiento sensitivo no puede pasar ni de la materia ni de la singularidad. Tanto es así, que las más perfectas facultades sensitivas, como la imaginación, si llegan á percibir los objetos no sensibles, es bajo formas sensibles.

Por otra parte, es un hecho de conciencia, que tenemos cierto conocimiento de lo sensible, sí, pero bajo la forma de universalidad, hasta la cual no puede llegar el sentido por su misma naturaleza. Efectivamente, conocemos las esencias de las cosas que están fuera del dominio de los sentidos, si examinamos con la experiencia el objeto de cada una y las conocemos con una abstracción que no tienen en realidad. Me basta conocer el objeto por vez primera y única, para poder después aplicar la misma idea á innumerables objetos idénticos prescindiendo de las notas individuantes. Estas operaciones son de facultad más noble que los sentidos, á las cuales damos el nombre de *entendimiento*.

Además de conocer los objetos sensibles de un modo excepcional, conocemos otros seres que no caen en manera alguna bajo el dominio de los sentidos, como son Dios, los primeros principios, la virtud, el bien, etc. Ideas son estas que tienen origen más elevado, que es una facultad independiente de la materia.

La existencia del entendimiento se prueba por sus operaciones, porque en el estudio psicológico, de éstas pasamos á las facultades y de las facultades á las esencias. Esto es trascendental, porque se deduce que el principio, el alma, puede existir separada de la materia, y aquí nos colocamos en la simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma, que es capaz de conocer á Dios, de conocerse á sí misma y las demás cosas que le rodean.

No tengo para qué demorarme en probar lo absurdo de la segunda parte del sensualismo, después de lo expuesto acerca de los criterios de verdad.

Más que suficiente me parece esto para que veamos, que saliendo de la verdad se yerra de muchos modos; que la soberbia del hombre le hace racionalista y bien pronto muy groseros errores son su castigo.

He terminado esta pequeña obrita, ¡quiera Dios! que sus frutos sean los que me he propuesto conseguir: que se conozca en qué consiste la verdad, que se la ame y que se la busque por medio del estudio.

D. O. M. E. V. G.